

El hijo mayor, Motti (Moshé), hoy secretario del kubah Nir Itzjak, lo acom-

pañaba en las silenciosas caminatas por Buenos Aires. El padre, el kabalista Josef Roizen, conocía los lugares más silenciosos de la ciudad. Conocía los lugares de la ciudad en que se podía vivir Jerusalem. El padre no era un funcionario. Nacido en Lonza en 1910 y fallecido en 1980 en la Argentina, se dedicó a conocerse mientras otra gente a su alrededor se dedicaba a ser conocido. Hay dos vocaciones, conocerse y hacerse conocer. Josef había elegido la primera. Ni siquiera firmaba sus artículos en "Schriften", fue obligado a poner unas iniciales en una nota sobre su amigo, el poeta Baruj Hager. Daba clases y era vehemente con su erudición y con su pensamiento, sabía citar a Kierkegaard y páginas del *Tanaj* o del *Talmud* de memoria. Le llamaban "Hamatif" y su prédica era la prédica de la inteligencia unida a la fe. No era un ortodoxo, era apenas un judío.

El hijo, revisando papeles de su padre, encontró que había reparado ocho años antes de su muerte en la fecha en que habría de abandonar este mundo. Previo su muerte porque la muerte no es un misterio mayor que la vida. Su vida era particularmente misteriosa. Había tenido otra mujer y otro hijo en Europa, antes de la guerra. No hablaba de ello. Un día, frente al Muro de los Lamentos, pensó Motti que había llegado la hora de conocer el secreto de su padre. Sus labios no pronunciaron palabra pero su padre le dijo: "No te puedo contar lo que querés que te cuente. Tus preguntas son en torno de mi primera mujer y mi primer hijo pero me llevaré conmigo todo lo que sé sobre ellos". Los padres adivinan lo que sus hijos piensan, es parte del misterio de la paternidad. Los padres se

llevan su secreto, sin comunicarlo a los hijos, ése es el principal misterio de la historia judía contemporánea. Siempre hablamos de otra cosa, no de lo que nuestros hijos quieren saber.

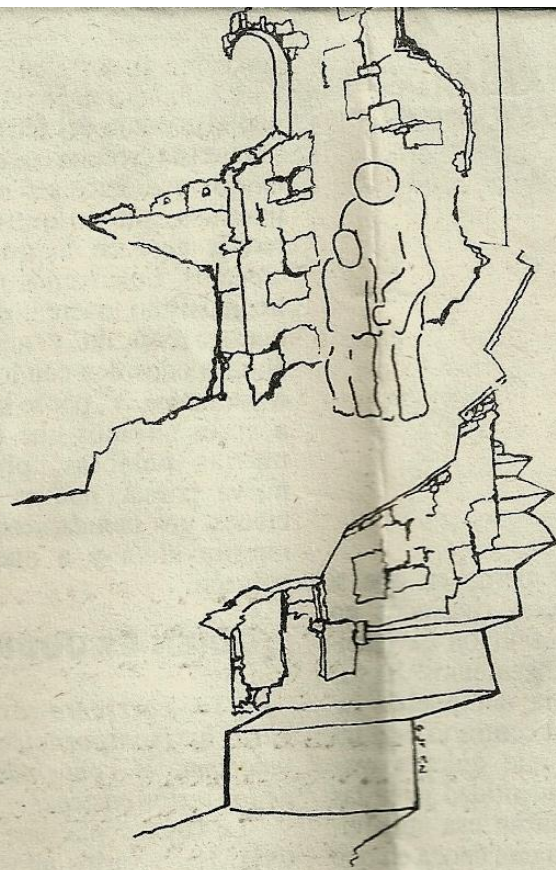
Josef Roizen era un estudioso del *Tanaj* y un kabalista, pero también un lector de Gustav Landauer y de Rudolf Steiner, un anarquista que buscaba una vida de salud, porque salud es salvación. En el fondo se trata de estar sanos, comentaba con su amigo extraordinariamente flaco, un judío naturista, que sacaba ajos y cebollas de sus bolsillos y los ponía sobre la mesa de estudio y trabajo como otros, tímidamente, colocaban sus poemas en idish, las pruebas de galera de libros que tardarían años o la eternidad en estar impresos.

Todo figuraba en su *Tanaj*. Aviones, querés saber de aviones, hay un texto del *Tanaj* que prevé los aviones. O el Holocausto. La mecánica que vuela o la mecánica que mata. Josef Roizen sabía que hay palabras poderosas. El poder de convicción en la palabra lo llevaba a afirmar que la palabra puede domesticar hasta a la fiera más salvaje. En los años del terror de Estado en la Argentina, rodearon su manzana y allanaron la casa. Entraron. Lo encontraron en su escritorio, rodeado de libros de *Kabalá* y filosofía. Les dijo pocas palabras, entre ellas "Aquí no pueden encontrar nada de lo que buscan. Aquí estoy yo, mi familia, mis libros". Habló con tanta fuerza que se retiraron sin tocar nada, sin molestar nunca más. La palabra había detenido a la furia salvaje. La palabra había encontrado espadas más sutiles, las más sutiles espadas.

Era bello físicamente, tan bello como Motti. Además, de su belleza natural emergía otra belleza, la que nace de contestar una carta del poeta Golomb, de corregir las pruebas de página de un poema de Grade, de solucionar una dificultad en la comprensión de un texto manifestada por el Dr. Lázaro Rubinson o por la madre del filósofo Gregorio Klimovsky, la fascinación que nace de entender las abreviaturas —*reshei tevot*— contenidas en un texto

venerable escrito en letras Ras-hi, o el amor puesto en mostrarles a los hijos los enanitos, los gnomos que habitan los textos, tan graciosos y serios a la vez, esos enanitos que Motti veía cuando su padre se los mostraba con sus propios ojos, territorios del asombro en los que lo citaba su padre, obligándolo a decir el *Kriat Shemá* antes de dormirse, porque la noche es una pequeña muerte, es otra dimensión frente a la cual debemos protegernos y prepararnos con un rezo. No todos los amigos de Josef Roizen eran religiosos, ni siquiera judíos. Hasta *goim* alemanes lo frecuentaban. Hasta Julio Adín, a quien consideraba un amigo del alma, a pesar de ser un *apicores*. Veía con admiración que su hijo encontrara la tradición que él aprendiera en el Talmud y en la *Kabalá* en el Hashomer Hatzair y lo ayudaba a traducir del hebreo al español textos para *Nueva Sión*. No hay judaísmo laico o religioso, cuando hay algo es judaísmo a secas, las clasificaciones nacen de la pérdida del judaísmo.

Padre de tres hijos en la Argentina, casado aquí con una mujer que comprendió sus silencios, su casa en la calle Ju-



nín parece un templo a su memoria. Están allí los libros, esos libros de conferenciante que preparaba una semana la *drashá* que daría en la sinagoga de Paso. Empezó trabajando en una audición radial en idish en el Uruguay, hacía los avisos en forma de radioteatro con un éxito enorme, después recorría las ciudades del interior publicitando los productos y los hombres reconocían el rostro que no habían visto antes por la voz que les era querida y familiar. Lado pícaro de ese hombre serio pero no acartonado, profanando pero no solemne. El *Matif* tenía humor modesto, que respetaban los hijos de la Ilustración, como Rollansky.

Shalom Rosenberg en Israel o Isidoro Niborski en París seguramente saben de él y lo recuerdan. Y tantos en Buenos Aires o en el interior, en las colonias judías donde dictara conferencias. Es parte de un judaísmo porteño más vivo aunque esté muerto de este judaísmo de hoy que está muerto aunque presuma de vivo.